

***EPHPHATHA* 0** **¡SE ABIERTO!**

Retirado de Bibleunderstanding.com

El Expositor de Berea

Traducción: Juan Luis Molina

juanluis.molina@hotmail.com

1. El Oído Abierto: “Para aprender”

Una expresión muy común, que no pertenece a ningún aspecto del servicio, es la que se oye al hablar de una persona que procura empleo, manteniendo todas las posibilidades “en abierto”. La expresión se emplea de maneras muy sugestivas y variadas en conexión con el más grande de los servicios, esto es, el servicio del Señor. Podrá ser apropiado para algunos de nuestros lectores que le demos una consideración al uso de esta expresión. ¿En qué orden debemos tratar con las “aperturas” que se descubran en el servicio? Esta es la primera cuestión que se levanta por sí. ¿De qué vale una puerta “abierta” si nuestras bocas están cerradas? O ¿De qué vale una boca “abierta” si no tenemos nada que decir? Consecuentemente, antes que pensemos de las aperturas para el servicio que aguardan al creyente, debemos primeramente prestar atención a Quien trasmite el mensaje, esto es, al Mensajero.

Nuestro primer estudio por tanto se asocia con

EL OÍDO ABIERTO

Una doble acusación se pone delante contra los “Hebreos” en el capítulo 5 – eran “tardos para oír” y “ya debían ser maestros”. Esto nos sugiere que el *oído abierto* es un factor muy importante en el equipamiento de un maestro. El apóstol lo expone muy claro cuando habla del evangelio que predicaba, y nos dice que no hacía otra cosa sino transmitir un mensaje que él propio había de antemano recibido – “os he enseñado lo que primeramente recibí” (1ª Cor.15:3), y cualquiera que fuese la vía por la cual escogió el Señor revelar la verdad a Su siervo, la figura del *oído abierto* es sugestiva.

El mayor de todos los Siervos, estamos gratos por decirlo, es el propio Señor en Sí, y ha de ser en el escrito profético registrado tiempo atrás por Isaías de Su primera venida, donde hallaremos nuestra perfecta ilustración.

- Jehová el Señor me dio lengua de *sabios*, para saber hablar palabras al cansado, despertará mañana tras mañana, *despertará Mi oído* para que oiga como los sabios. Jehová el Señor *Me abrió el oído*, y Yo no fui rebelde, ni me volví atrás (Isaías 50:4, 5).

¡Qué gran pasaje es éste! Antes que nada observamos que la “lengua” está íntimamente asociada con el “oído”. Es cierto físicamente que muchos son mudos

sencillamente porque son sordos. Al Señor le fue traído a Su presencia en una ocasión un hombre sordo y que estaba impedido de hablar sino de manera tartamuda.

- Metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo *EPHPHATHA*, es decir: Se abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien (Marcos 7:33-35).

En este milagro podemos ver el retrato de un creyente que, por causa de no tener “el oído abierto”, tenía además una incapacidad en el hablar bien. El Señor dijo *Ephatha*, “Se abierto”; Él no precisó de pronunciar el verbo “se desatado”, puesto que con la apertura del oído, la lengua en consecuencia se desató, y “habló claramente”.

La expresión “lengua de *sabios*” es un tanto engañosa. “Sabio” nos pone en mente en recuerdo un gran escolar, un venerable anciano, y todo cuanto acompaña a la “sabiduría adquirida”. La palabra que tenemos delante habría sido mejor traducida “aprendices” o “discípulos”, un voluntario seguidor, en vez de alguno que haya alcanzado una gran escolaridad. Este don le da a quien lo posee la invaluable habilidad de “saber darle una palabra sazonal al cansado”. Cuando recordamos la gracia del Señor, Su paciencia y longanimidad, y contemplamos Su piedad y Su amor, y cuando comparamos todo eso con nuestra propia aspereza, nuestra falta de tacto, nuestra falta de paciencia... entonces tal vez seamos llevados a reconocer cuán preciso es que se nos “abra el oído”, para que podamos tener una lengua que sepa hablar lo que conviene.

“El Señor me dice lo que deba hablar,
En ecos vivos repetidos de Tu tonalidad.”

Esta es una oración que todos podemos pronunciar con mucho provecho, y con total seguridad de bendición cuando obtenemos en respuesta sus beneficios.

En Isaías 50 se nos dice que el oído es tanto “despierto” como “abierto”. El despertar es “mañana tras mañana”, y es sugestivo de la continua comunión con el Señor. La idea que se trasmite por la palabra “abierto” se percibe claramente cuando recordamos que nos da la palabra “llave” en Isaías 22:22. La frase añadida, “y Yo no fui rebelde”, es realmente una expansión de la idea presentada anteriormente por el oído despertado y abierto. El oír, y especialmente “prestar atención”, en las Escrituras significa a menudo obedecer.

- El obedecer es mejor que los sacrificios, y el *prestar atención* que la grosura de los carneros (1ª Samuel 15:22).
- Pero no quisieron escuchar, antes *volvieron la espalda* (Zacarías 7:11).

Aquí pues, tenemos una de las “aperturas” más importantes en el servicio cristiano, la apertura del oído, con el objetivo de que el mensaje que demos pueda ser recibido, y por la asociación tan próxima del prestar atención con obedecer, tal vez puedan hallar una correspondencia entre la doctrina y la práctica de parte de cuantos procuran servir a su Dios.

2. El Libro Abierto: “Para Equiparnos”.

En nuestro primer artículo consideramos la cuestión del oído abierto, y comprobamos que las Escrituras enseñan que, sin tener el oído abierto, no aprenderemos la verdad, y consecuentemente, no estaremos equipados para el servicio. El oído abierto, sin embargo, no deja de ser sino tan solo un lado de la verdad; debe haber otro, esto es, algo que escuchar con el oído. Por muy deseosos que estemos por aprender, o dispuestos a oír, debe haber alguien que hable, debe haber algo que se enseñe. Ahora bien, la figura del oído abierto precisa la correspondiente figura de *la voz*. No obstante, la mayoría de cuantos han sido equipados para el servicio, han sido equipados y preparados por la Palabra escrita, y dudarían seriamente antes de rendir sumisión a cualquier voz hablada.

Es evidente que las palabras, “Aquel que tenga oídos de oír, que oiga” tienen una aplicación más amplia, abarca a muchos más que tan solo cuantos estuviesen al tiempo oyendo la voz del Señor. “Aquel que oye Mis palabras, y cree en Aquel que Me envió, tiene vida eterna” (Juan 5:24) está claro que va más lejos, sin limitarse al oír de una voz. No es preciso, por tanto, perseguir tratando el asunto, pues todos concordamos que la figura del oír no se limita al acto físico de escuchar, sino que se pone por la voluntaria y dispuesta recepción, esto es, recibir el mensaje de buen grado, cualquiera que sea el canal mediador. Hoy en día no somos guiados ni por visión, ni voces o ángeles. Somos guiados por la Palabra escrita, y a medida que leemos sus páginas y obedecemos su enseñanza estamos “oyendo” en el verdadero sentido de la palabra. Consecuentemente, nuestro próximo punto en esta serie de

“aperturas” debe ser: “El Libro Abierto”. Aquellos de nuestros lectores que estén familiarizados con los escritos del fallecido Dr. E. W. Bullinger recordarán que una de sus favoritas expresiones, cuando envolvía cualquier argumento concerniente a la fe, era una expresión proveniente de Nehemías 8:5, “Abre el Libro”. Una y otra vez, cuando el debate ha sido largo, hemos tenido una sensación de sosiego y un dulce gozo cuando a seguir a solas nos regocijamos en la apertura del Libro. Otro pasaje de la Escritura de constante uso en los escritos del Dr. Bullinger es el de Romanos 10:17:

- La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios.

Hay varias vías en las cuales podemos pensar de las Escrituras como un libro abierto. En primer lugar, es un libro abierto porque ha sido gratuito, libremente ofrecido a toda la gente de Dios. Nos regocijamos sabiendo que la lectura de la Biblia no se limita exclusivamente a ninguna clase de persona. En segundo lugar, es un libro abierto porque habla francamente. Hay cosas altas y profundas en su enseñanza que desconcierta a lo más sagrado y a los más sabios. Hay misterios y parábolas, profecías y visiones, que dejan impresa en la mente el hecho de que Su Autor no sea otro sino “El único y sabio Dios”, y sin embargo, dicho esto, cuán transparente, cuán sencilla, cuán abiertamente nos habla del pecado, de la salvación, del Salvador, de la vida, de la muerte, del juicio.

Si bien pudiésemos poner delante un buen número de características como las dos que hemos dado para reforzar el hecho de que realmente el libro es un libro abierto, hay no en tanto otro aspecto de las Escrituras en el cual estas mismas escrituras precisan ser abiertas. Nuestros pensamientos se vuelven directamente al capítulo último del Evangelio de Lucas, en el cual los discípulos fueron llevados a exclamar:

- ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las escrituras? (Lucas 24:32).

Si nos preguntamos la vía por la cual el Señor les abrió las Escrituras con tal riqueza de consecuencias, no tendremos que ir muy lejos para averiguarlo. En el versículo 27 encontramos Su método:

- Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían (Lucas 24:27).

El tema se reviste de tal importancia que vuelve a repetirse en el versículo 44:

- Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de Mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos (Lucas 24:44).

También hallamos otros siervos guiados por el Espíritu siguiendo estos mismos pasos. Felipe se encontró con el etíope eunuco leyendo al profeta Isaías, y el eunuco puso la cuestión: “Te ruego me digas, ¿de quién dice el profeta esto, de sí mismo o de otro?” (Hechos 8:34). Felipe inició su enseñanza en la misma escritura y le predicó a Jesús.

A Pablo, en más de una ocasión, lo hallamos “abriendo el libro” de la misma manera.

- Y Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y que Jesús, a Quien yo os anuncio, es el Cristo (Hechos 17:2, 3).

No es nuestro objetivo seguir escribiendo acerca de estos temas, sino antes bien estimular el interés del lector, en la esperanza de que las riquezas del libro puedan venir a ser procuradas y halladas individualmente.

Tal vez debamos llamar la atención al hecho de que un libro abierto es visto al tiempo del fin. Cuando llegue el tiempo para que el Señor tome consigo el Reino y reine, tan solo Él será hallado digno de “abrir el libro” (Apoc.5), y cuando el Reino milenial haya terminado de correr su curso, y el gran trono blanco se establezca, aun entonces el destino del hombre se encuentra envuelto en la apertura de los libros.

- Los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto que es el libro de la vida (Apoc.20:12).

Volviendo ahora a nuestro tema, el *oído abierto* es sumamente necesario para que podamos aprender, pero igualmente necesario es el *libro abierto* si queremos que se nos dé a conocer la verdad. El equipamiento del hijo de Dios para el servicio que la Palabra de Dios fornece es tan completo, que la palabra “perfecto” en 2ª Timoteo 3:17 tiene un uso en conexión con una gran embarcación marítima, haciendo así referencia a todo lo necesario que tiene que tener equipado en su interior para emprender un largo viaje. Así pues, nosotros precisamos:

- (1) El oído abierto – Para aprender.
- (2) El libro abierto – Para equiparnos.

3. El Entendimiento Abierto: “Para Percibir”.

Hemos visto que el oído abierto, y el Libro abierto, constituyen una parte importante del equipamiento del creyente para el servicio, pero esto no es todo, todavía tenemos que prestarle atención a más cosas que precisan ser “abiertas”, si es que dicho equipamiento ha de ser completo. Es necesario añadirle además un “entendimiento abierto”.

- Abrió, pues, Esdras el libro a ojos de todo el pueblo, porque estaba más alto que todo el pueblo...y ponían el sentido, de modo que *entendiesen* la lectura (Nehemías 8:5-8).

A la literal apertura del Libro le siguió su “apertura” en el más pleno sentido, y nos servirá de ayuda observar que Esdras y la compañía reunida llevaron a cabo dicha apertura en una solemne ocasión, tal como lo registra Nehemías:

- Y cuando lo abrió, todo el pueblo estuvo atento (Nehemías 8:5).

“Estar más alto que todo el pueblo”, y los reunidos escuchando “atentos” cuando el libro fue abierto por Esdras, ambas cosas denotan respeto y reverencia. En otra ocasión, aun mismo Eglón, el rey de Moab, si bien su corazón estuviese alejado de Dios, “se levantó de la silla” cuando Aod le dijo que tenía “una palabra de parte de Dios que comunicarle” (Jueces 3:20).

- Bendijo entonces Esdras a Jehová, Dios grande. Y todo el pueblo respondió: ¡Amén! ¡Amén! Alzando sus manos; y se humillaron y adoraron a Jehová inclinados en tierra (Nehemías 8:6).

La apertura del Libro y su comprensión originó la adoración de su Autor. Nosotros propios también reverenciamos la Palabra de Dios puesto que reverenciamos al Dios de la Palabra.

- Y leían en el libro de la ley claramente (Nehemías 8:8).

Si la trompeta diese sonido incierto, dice el Apóstol Pablo, ¿quién se preparará para la batalla? Y escribiendo posteriormente a su hijo en la fe Timoteo dijo, “Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura” (1ª Tim.4:13). Al etíope eunuco le dijo Felipe, “¿Pero, entiendes lo que lees?” (Hechos 8:30).

Al margen de la R.V., en alternativa a la palabra “claramente” en Nehemías 8:8, la traduce “con una interpretación”. La palabra así traducida es *parash* y el verbo significa desplegar, expandir o extender, y tiene el mismo significado que nuestra palabra “exposición”. Una persona que tan solo distinga reconociendo las letras de una palabra, no significa que “comprende” su significado. La comprensión tiene que ver con el significado, y a menos que se logre el significado de un pasaje o palabra de Escritura, ha de permanecer siendo solo letra muerta para nosotros. Es pues un distinguido ministerio “difundir” el significado de la Palabra de Dios. O bien puede tomar la forma de análisis o tomar la forma adoptada por Felipe cuando “predicó a Jesús”, sin embargo, en cada caso, entender implica obtener por detrás de lo superficial lo esencial, o, tal como Nehemías 8 añade, “Le ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura”.

Ya nos hemos referido a Lucas 24 tratando la “apertura” de las Escrituras, y a dicho pasaje volvemos ahora a referir por el añadido, “abrir del entendimiento”.

- Entonces les *abrió el entendimiento*, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día (Lucas 24.45, 46).

El Señor siempre procuraba que Sus palabras fuesen comprendidas. En más de una ocasión les dijo a Sus discípulos:

- ¿Habéis entendido todas estas cosas? (Mateo 13:51).
- ¿No entendéis ni comprendéis? (Marcos 8:17).
- ¿Cómo aún no entendéis? (Marcos 8:21).
- Amarle (a Dios) con todo el corazón y todo el entendimiento (Marcos 12:33).

El Apóstol Pablo fue un seguidor de su Señor en este particular, diciendo, “Oraré con el entendimiento”; “Antes prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento” (1ª Corintios 14:19).

Bien podemos concluir ahora este breve artículo con las palabras del Apóstol a Timoteo, “El Señor te de entendimiento en todo” (2ª Tim.2:7).

Para resumir, por tanto, hasta donde hemos llegado, precisamos

- (1) El OÍDO abierto – Para Aprender.
- (2) El LIBRO abierto – Para Equiparnos.
- (3) El ENTENDIMIENTO abierto – Para Percibir.

4. El Ojo Abierto: “Para Ver Claramente”

Teniendo en cuenta la importancia del entendimiento abierto, tanto para nosotros como para todos cuantos ministremos, no será sorprendente que el tema que tenemos delante bajo una nueva figura sea la del *ojo abierto* o *desvelado, sin velo*. El Salmista oró:

Abre mis ojos, y miraré las maravillas de Tu ley (Salmo 119:18).

La palabra traducida “abre” es la hebrea *galah* y significa “remover” con el sentido de *pasar o quitar* algo de un lado a otro, o personal, de uno a otro. Se encuentra en las expresiones:

- *Traspasada* es la gloria de Israel (1ª Samuel 4:22).
- Jehová le había *revelado* a Samuel (1ª Samuel 9:15).

- Entonces enviaré a ti para *hacértelo saber* (al margen de la A.V Te lo *desvelaré* al oído) (1ª Samuel 20:12).
- Jehová se *manifestó* (Al margen de la A.V Se *reveló*) a Samuel (2ª Samuel 3:21).

Se emplea hablando de Balaam tres veces:

- Entonces Jehová *abrió* los ojos de Balaam, y vio al ángel de Jehová que estaba en el camino (Números 22:31).
- El que vio la visión del Omnipotente, caído, pero *abiertos* los ojos (Números 24:4 y 16).

Rotherham traduce así el último pasaje: “quien la visión del Omnipotente recibió, quien estaba caído, pero teniendo ojos desvelados”. Esta es sin duda alguna la verdadera intención. A Balaam le pasó el Omnipotente, aunque estando caído, un “desvelar de sus ojos”, y vio entonces la futura bendición de Israel, diciendo:

Lo veré (al Omnipotente), pero no ahora; lo miraré, pero no de cerca; saldrá Estrella de Jacob, y se levantará Cetro de Israel... (Números 24:17).

En los versículos 3 y 15 Balaam se llama a sí propio “el varón de ojos abiertos”, que al margen de la A.V. se altera para “*quien tenía sus ojos cerrados, pero ahora abiertos*”, con la idea de que se está refiriendo a la visión que se le dio. El Obispo Newton, en su *Disertaciones sobre las Profecías*, parece que da la nota correcta cuando dice:

- “Está muy claro que alude a la ceguera de Balaam sin ver al ángel, mientras que el burro sí que lo ve”

Así que bien podemos concluir que la oración del Salmista en el Salmo 119 se hace para la remoción de cualquier cosa que pueda estar tapada por un velo, ocultando de ese modo las maravillas de la ley de Dios. Si resultaba de gran importancia que se tuviera en cuenta la transitoria gloria de la ley, cuánto más importante no ha de ser que tengamos en consideración la gloria de la gracia. Es por esa razón que el Apóstol, antes de resaltar hablando de las altísimas glorias de la iglesia que está sentada juntamente en Cristo a la diestra de Dios, ora primero por sus miembros diciendo:

- Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación *en el conocimiento* de Él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis, etc.” (Efesios 1:17, 18).

El Apóstol no ora para que los ojos de los santos “puedan ser” alumbrados, sino que asume que “han sido” alumbrados, y que Dios seguirá “alumbrando”; esto es esencial en el sentido de todo el pasaje.

Esta serie de artículos conlleva su título retirado de las palabras del Señor cuando le abrió sus oídos a un mudo. Marcos 8, por su vez, registra la sanidad de un hombre ciego dándonos minuciosos detalles de todo cuanto se llevó a cabo:

- Entonces tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo; él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos (Marcos 8:23-25).

Es casi imposible no hacer comparaciones entre este acontecimiento con el registro de la sanidad del sordomudo en Marcos 7:31-35. Llegó a haber dos operaciones antes que el hombre “hablase bien”; en primer lugar fueron abiertos sus oídos, y a seguir “se desató la ligadura de su lengua”. Igual sucede en Marcos 8, también tenemos un acto doble. En el primero al hombre se le pregunta si puede ver algo, a lo cual responde que veía hombres como árboles andando. En el segundo el Señor hace con que “mire, y fue restablecido, y vio de lejos y *claramente*”. “Claramente” es *telaugos*, que significa, “distintamente”, como alguien viendo un objeto a distancia con nitidez y buen ojo. (La palabra *tele* entra en nuestras palabras *telescopio*, *televisión*, etc.).

Meditemos sobre estos dos elementos de verdad, pues contribuyen para la enseñanza de la Escritura en su conjunto. Enseñan que el ojo o vista espiritual es un don de gracia, y que, tanto en el caso de los Efesios como del hombre ciego, el ojo primeramente se abrió para ver la luz inicial de salvación, sin embargo, todavía precisaban un posterior fortalecimiento en gracia para poder ver “claramente”. El

hombre que tan solo podía ver a los hombres como árboles andando ya podía congratularse en la vista recibida, aunque defectuosa, pero habría sido para él una gran pérdida que se hubiese contentado con dicha visión, o si hubiese pensado que eso era todo.

El tema merece una exposición de 2ª Corintios 3 y 4, donde el asunto que se trata es el *velo*, el cual es hecho por el enemigo en un uso que no es dispensacional de acuerdo a las Escrituras, la ley, que ya había sido abolida, utilizándose ahora para cegar el entendimiento de cuantos no crean. Este tema no puede ahora ser tratado con tan solo un párrafo, pero el lector puede encontrar el artículo en el Volumen 23, página 190 del *Expositor de Berea*, y será un provechoso suplemento a este actual y presente: también el mapa que ilustra 2ª Corintios 3 y 4 que aparece en el Volumen 25, página 137.

Podremos, no en tanto, aun con esta más breve de las consideraciones, ser conscientes de que es necesario orar: “Abre mis ojos, y contemplarán así todas Tus obras maravillosas”. Así pues, precisamos:

- (1) El OÍDO abierto – “Para Aprender”.
- (2) El LIBRO abierto – “Para Equiparnos”.
- (3) El ENTENDIMIENTO abierto – “Para Percibir”.
- (4) El OJO abierto – “Para ver claramente”.

5. La boca Abierta para Alabanza y Testimonio

El oído abierto para aprender, el ojo abierto para ver bien, el libro abierto para equiparnos, todas estas cosas no son meramente para la edificación personal, sino para guiarnos al testimonio y al servicio.

La oración y penitencia de David le lleva antes que nada a procurar ser limpio y restaurado, pero se da cuenta de que sus propias debilidades y pecados eran también típicos del fracaso de los demás, y en resultado, el regocijo de la salvación que le restauró a él, avivó en sí el deseo de enseñársela a lo demás. Por eso dice:

- Vuélveme el gozo de Tu salvación, y espíritu noble me sustente; *entonces enseñaré* a los transgresores Tus caminos, y los pecadores se convertirán a Ti. Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación;

cantará mi lengua Tu justicia; Señor, abre mis labios, y *publicará* mi boca Tu alabanza (Salmo 51:12-15).

La boca abierta del redimido restaurado no canta ni testifica de su propia justicia, sino que, en una nuevo cántico inspirado por la liberación de su vaso de barro haber sido puesto en la Roca, entonará “alabanza a nuestro Dios” (Salmo 40:3).

Pero, repetimos una vez más, aunque el corazón derrame su alabanza y agradecimiento a Dios por Su sola gracia y amor, la nueva canción que Él “pone” en nuestros labios no tan solo es un cántico de alabanza, sino también de testimonio, con la idea de que la más grande alabanza que podemos ofrecerle a Dios por Su gran salvación es encontrar otra voz que cante con nosotros en concierto. “Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová” (Salmo 40:3). Por eso en Colosenses 3:16 la palabra de Cristo que mora en abundancia en el creyente no tan solo clama salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia para el Señor, sino que al mismo tiempo también *enseña y amonesta*.

Cuando Pablo le recuerda a Timoteo que el Señor no nos había dado espíritu de “cobardía” y le exhortaba a no “avergonzarse” del testimonio del Señor ni de Pablo Su prisionero (2ª Tim.1:7, 8), no le está diciendo nada que él propio ignore o no conozca por experiencia, pues ya había dejado por escrito que cuando visitó a los Corintios y los halló contrarios a sus deseos, debido a su mayordomía, le costó muy caro, pues confiesa que estuvo entre ellos con “temor y temblor” (1ª Corintios 2:1-3; 4:1). Del mismo modo le sucedió cuando recibió la revelación del misterio. Sabía muy bien y llegó a conocer por experiencia por qué el Señor asoció “prisiones y muchas aflicciones” a su ministerio (Hechos 20:23), y al tiempo que nuestros corazones se llenan de admirados sentimientos al oírle decir sus nobles palabras, “Pero en poco tengo estas cosas, y aun mismo considero como nada mi propia vida con tal que acabe mi carrera con gozo” (Hechos 20:24), estamos gratos de saber, tal com él propio confiesa, que era un hombre sujeto a pasiones iguales a las nuestras (Hechos 14:15) y que todo cuanto era y poseía tan solo era fruto y se debía a la gracia de Dios (1ª Corintios 15:10). Consecuentemente, cuando encontramos a este gran apóstol escribiendo a la Iglesia que tanto debe a su inestimable servicio, nos llena de humildad y de aliento leer estas sus palabras:

- Orando...por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy

embajador en cadenas; que con denuedo hable de Él, como debo hablar (Efesios 6:18-20).

Ahora debemos examinar otro tipo de “abrir de boca” muy necesario, “Abre tu boca, y Yo la llenaré” (Salmo 81:10). El Salmo está refiriéndose a Israel en las aguas de Meriba (versículo 7), y concluye con una lamentable exclamación, “Oh si me hubiera oído Mi pueblo, si en Mis caminos hubiera andado Israel” Si así hubiese sido, se nos dice, Él los habría alimentado con lo mejor del trigo, y con Mi miel de la Peña les hubiese saciado (versículos13-16). Los versículos intermedios nos muestran que el alimento mencionado es un símbolo de la Palabra de Dios. Nosotros no podremos alimentar a otros si nosotros propios no lo hemos sido antes. Tan solo podremos entregarle a otros aquello que anteriormente nos haya sido dado y hayamos primeramente recibido (1ª Corintios 15:3).

Tal como en Jeremías 1:9, hay muchas referencias a la inspiración de los Profetas que no se aplican al día actual, puesto que, habiéndose ahora completado la revelación de Dios, ya no estamos precisando de inspiración individual, sino que podemos “llenar nuestras bocas” con las mismas palabras de la verdad inspirada que abre el oído del discípulo y le capacita para hablar apropiadamente “a tiempo y fuera de tiempo”.

Debemos además recordar que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34). Tiene que haber un tesoro en el corazón antes que puedan ser relatadas las cosas preciosas de su interior con nuestra boca, de otra manera, si no es así, las palabras no serán provechosas ni efectivas, sino que serán como el metal que resuena y el címbalo que retiñe. Debemos por tanto continuar esta serie para abarcar la enseñanza de la Escritura en cuanto al “Corazón abierto”.

Entre tanto, resumimos una vez más. Para el provechoso servicio precisamos:

- (1) El OIDO abierto,
- (2) El LIBRO abierto,
- (3) El ENTENDIMIENTO abierto,
- (4) El OJO abierto, y,
- (5) La BOCA abierta.

6. El Corazón Abierto, lo más importante de todo.

Al cierre de nuestro último estudio vimos que la boca abierta no servirá de nada si no tuviese antes un abundante tesoro resguardado en el abierto corazón. Veamos ahora este asunto más de cerca.

La expresión “corazón abierto” tan solo se emplea una vez en las Escrituras, y se encuentra en la historia de Lidia (Hechos 16:14). En respuesta a una visión el apóstol había dejado para atrás las costas de Asia Menor y se introdujo por primera vez en Europa. Para los lectores actuales este es un acontecimiento que marca una época, pero en aquel entonces sería algo que no hacía ningún sentido. De hecho, la recepción del Apóstol en Filipo fue de lo más pobre que podía haber. No había ninguna sinagoga en la ciudad, la población Judía era muy reducida y tenían por hábito juntarse para orar junto al río (Hechos 16:13). Pablo y sus compañeros les hablaron a las mujeres que se habían allí reunido y el Señor le abrió su corazón a una de ellas, por nombre Lidia, así que estuvo *atenta* a las cosas que Pablo decía. Un corazón abierto es necesario, y no tan solo la palabra de Dios oída, sino prestarle *atención*. Cuando Pablo amonestó a Timoteo para que se “ocupase de la lectura”, añadió, “poniendo en ello toda perseverancia”, como diciendo, “Este es un asunto del corazón más que cualquier otra cosa”.

El “corazón abierto” de Lidia hizo con que su casa también se abriese de par en par, y por eso dijo: “Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa y posad. Y nos obligó a quedarnos” (Hechos 16:15). Un corazón endurecido no atiende las palabras de Dios: “Y el corazón del Faraón se endureció, y no los escuchó” (Éxodo 7:13).

En el Salmo 119 el Salmista se refiere muchas veces a la necesidad de “guardar” (2, 34), “buscar” (10) “suplicar” (58), “clamar” (145) con todo el corazón, en conexión con el Señor y Su Palabra.

La palabra que se emplea hablando de Lidia en Hechos 16 no es *anoigo*, “abrir”, sino *dianoigo*, “abrirse del todo”. Esta es la palabra que utiliza el Señor en Marcos 7:34 cuando dijo *Ephphatha*, “Se abierto”. Es la palabra que se emplea de los discípulos en Lucas 24:13 cuando “fueron abiertos sus ojos” y reconocieron al Señor. Es la palabra que se usa en el mismo capítulo para el abrir de las Escrituras y del entendimiento.

El corazón así abierto es característico de los de Berea, quienes recibieron la palabra con toda solicitud (Hechos 17:11). El corazón así abierto está, en el lenguaje de Pablo, “ensanchado” (2ª Corintios 6:11), pues realmente les declara a los Corintios en el tercer versículo del siguiente capítulo, “Estáis en nuestro corazón para morir y para vivir juntamente”. El corazón abierto es aquel en el cual el amor de Dios se ha derramado como un río que se desborda (Rom.5:5), y manifestará, en la ternura de corazón, algo de ese mismo amor hacia los demás (Efesios 4:32).

Dicho en pocas palabras, lo que hemos puesto delante en los precedentes artículos de esta serie se anula y se vuelve infructuoso aparte de esto, lo último de todo. Un oído abierto, si no envía un eco al corazón afectado por la gracia nunca será capaz de “aprender” nada en la escuela de Dios. El libro abierto, por muy precioso patrimonio que pueda ser, de nada vale a menos que se reciba con un abierto corazón. El libro abierto tan solo podrá “equipar” a cuantos reciban la Palabra, no tan solamente en la letra, sino en el espíritu; no meramente a través de los sentidos, sino en el corazón. El entendimiento abierto no deja de ser sino sinónimo para un corazón abierto, la hebrea *leb*, usualmente traducida “corazón”, viene a traducirse unas veinte veces “entendimiento” en el Antiguo Testamento. Ya nos hemos referido a la lectura alternativa de Efesios 1:18, donde “corazón” se lee “entendimiento”, y dijimos que el ojo que aquí se abre, tal como en todas partes, es el ojo del corazón. Bien podríamos explorar nuevas avenidas del pensamiento y hablar también de las “puertas abiertas” para el servicio, y de otras “aperturas” que tienen lugar en la Palabra, sin embargo, no recaen en el alcance de nuestro título de manera tan apropiada como las que acabamos de examinar.

Y así, de manera muy breve, llegamos al cierre de este pequeño estudio, confiando que su examinación pueda haber llevado a una mejor y más clara apreciación de los caminos del Señor con Su gente.

(1)El Reconocimiento

El Lugar del Reconocimiento en la Verdad Experimental

La salvación es una obra ya acabada. Nada de cuanto el hombre pueda hacer hará con que la salvación sea más segura, pues se basa solo y exclusivamente sobre el sacrificio único realizado ya por Cristo. Es una salvación que recibimos por gracia. No obstante, tenemos de igual modo un testimonio veraz en las Escrituras diciéndonos que la salvación es también “por fe”, y aunque sea una obra ya cumplida en respaldo del hombre pecador, ningún hombre viene a ser salvo sin la fe en el Hijo de Dios. El hombre es un ser moral, y en esto yace su separación, diferenciándose del resto del mundo visible. Nadie ha visto nunca una piedra “recusándose” a caer al suelo si se suelta de la mano, ni tampoco al sol “negándose” a recorrer su curso. Al igual que el hombre, el sol y las piedras, las estrellas y árboles, todo son criaturas, pero, en desigualdad al hombre, no son morales. La esencia de la esfera moral es que la obediencia se rinde o efectúa de libre voluntad. La idea en sí de una santidad *forzada* es intolerable, tanto para la razón como para la revelación. El hombre que haya sido “salvo por gracia” es un hombre que llegó a ser consciente de su necesidad, de su inutilidad en cuanto a su salvación, y así, ha de reconocer que ha sido “salvo por la sola fe”.

Ahora bien, una palabra que se repite en la historia espiritual del hombre tal como se registra en la Palabra, y que forma el puente sobre el cual el hombre como una criatura moral pasa a ser consciente de la salvación y sus bendiciones adjuntas, es la palabra “reconocimiento”. Veamos algunos pasajes de la Escritura que nos revelan el lugar tan importante que el “reconocimiento” ocupa en el pensamiento y la voluntad de Dios para Su gente.

“Reconoce tú, pues, tu maldad” era el único requisito necesario para la restauración en el llamamiento del Señor hecho a Israel por Jeremías:

- Ve y clama estas palabras hacia el norte, y di: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer Mi ira sobre ti, porque misericordioso soy Yo, dice Jehová; no guardaré para siempre el enojo. **Reconoce, pues, tu maldad**, porque contra Jehová tu Dios has prevaricado, y fornicaste con los extraños debajo de todo árbol frondoso, y no oíste Mi voz, dice Jehová. Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque Yo soy vuestro Esposo (Jeremías 3:12-14).

El “reconocimiento” es aquí visto como una fase del arrepentimiento. “Vuélvete”, “reconoce”, “convertíos”; y la misma verdad se encuentra en el Nuevo Testamento. En gran parte este mismo efecto se testifica en Proverbios 28:13:

- “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los *confiesa y se aparta* alcanzará misericordia”.

Este pasaje nos recuerda el gran ejemplo del verdadero reconocimiento, nos recuerda a David, cuyo arrepentimiento dio lugar a estos dos maravillosos Salmos, el Salmo 32 y el Salmo 51. El Salmo 32 comienza con la bendición del hombre cuyas transgresiones son perdonadas, pero antes que estas bendiciones pudieran ser disfrutadas por David, él tuvo primero que reconocer su pecado. Mientras se mantuvo cayado en silencio, su estado miserable inundaba su alma, y la mano del Señor se agravaba como un mazo pesado sobre él.

- Mi pecado te declaré (reconocí ante Ti), y no te encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y Tú perdonaste la maldad de mi pecado (Salmo 32:5).

En paralelo con esta declaración tenemos la experiencia del Salmo 51:

- Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a Tu misericordia, conforme a la multitud de Tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. *Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí.* Contra Ti, contra Ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de Tus ojos (Salmo 51:1-4).

Cuando vamos a las epístolas que nos hablan de la gracia de Dios derramada a la iglesia, vemos que en algunas partes donde la Versión Autorizada (y la Reina Valera) pone “conocimiento”, el verdadero significado es “reconocimiento”. En la primera epístola de Juan, donde se trata el tema de la *verdad experimental* asociada con el *andar* en luz, la “confesión” se emplea en gran medida de la misma manera que se utiliza el “reconocimiento” en otras partes.

- Si confesamos (reconocemos) nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1ª Juan 1:9).

Antes que el hijo pródigo “regresase para su padre”, él tuvo que “volverse en sí” (Lucas 15:17, 20). Antes que viniese a ser reconciliado y lo vistiese el padre del mejor traje, tuvo que decir:

- “Padre, yo he pecado contra el cielo, y contra ti, y no soy digno de llamarme tu hijo” (Lucas 15:18, 19).

En el instante que la salvación viene a ser prácticamente nuestra en verdadera posesión, el Señor, desde ahí en adelante, desde ese momento, se compromete a guiarnos en todos nuestros caminos. Tan solo tenemos que leer el libro del Éxodo para verlo claramente. Desde el instante que la sangre de la Pascua fue rociada y vino la liberación, a Israel nunca le faltó un líder. Moisés bien puede seguir la vía de la carne, pero Josué está ahí para tomar su lugar, y por encima y por debajo de cualquier medio o agente humano, vemos que la columna de humo y fuego jamás dejó al pueblo a través de todo su peregrinaje. Veamos por tanto con atención la experiencia de ser guiados por el Señor.

- Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te estribes en tu propia prudencia, reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas (Proverbios 3:5, 6).

Por estas palabras se hace evidente que el reconocimiento del Señor está incluido y necesariamente envuelto. Es imposible que reconozcamos al Señor a menos que confiemos en Él “con todo nuestro corazón” y en “todos nuestros caminos”. Muy a menudo ninguna otra “guía” se precisa sino pararse ante la separación de los caminos, mirar en frente, y comprobar si, al seguir o uno o el otro, eso conlleva la negación del Señor. Si se ve que es así, el asunto está resuelto, y seguir orando en ese momento ya no tiene cabida, pues sería una actitud parecida a la de Balaam (Números 22:13, 19).

Este reconocimiento del Señor en todos nuestros caminos sobresale en la historia del siervo de Abraham, que dijo: “Su misericordia y Su verdad, guiándome en el camino” (Génesis 24:27).

Volviendo ahora a nuestro texto (Proverbios 3:5, 6), observamos también que hay una correspondencia entre “fiarse” y “estribar”; y entre “con todo tu corazón” y

“en todos tus caminos”. El “corazón” tiene que ver con la vida y la fuerza que nos motiva en el interior; los “caminos” tienen que ver con las vías, con las salidas o resultados de este poder interno en el servicio práctico y activo. Es importante que guardemos y mantengamos el orden divino. La mera conformidad externa, esto es, los “caminos”, sin una realidad interna, es decir, el “corazón”, tan solo ha de ser una forma de engañarnos a nosotros mismos con hipocresía.

(2) *Epignosis y Epiginosko*

Refiriéndose al reconocimiento, y no al añadido conocimiento

Si de verdad sea cierto que “todo el corazón” esté comprometido con las cosas de Dios, entonces la manifestación externa ha de ser un *reconocimiento* Suyo en “todos nuestros caminos”. Esta íntima aproximación del “corazón” y los “caminos” se distingue muy claramente en el Salmo 119:

- Los perfectos de CAMINO...con todo el CORAZÓN le buscan (119:1, 2).

La cuestión:

- “¿Con qué limpiará el joven su CAMINO?”

Es seguida por la declaración:

- “Con todo mi CORAZÓN Te he buscado” (119: 9, 10).

De nuevo el Salmista dice:

- “Por el CAMINO de Tus mandamientos correré, cuando ensanches mi CORAZÓN” (119:32).

Y en la siguiente estrofa leemos:

- “Enséñame o Jehová el CAMINO de Tus estatutos”

Y como un eco repite:

- “Dame entendimiento, y guardaré Tu ley; y la cumpliré de todo CORAZÓN (119:33, 34).

Y otra vez leemos:

- “Inclina mi CORAZÓN a Tus testimonios...avívame en Tu CAMINO” (119:36, 37).

Y así del mismo modo en el versículo 58 tenemos el “todo corazón” seguido en el versículo 59 por “consideraré mis caminos”.

Muchos más ejemplos podríamos poner delante para resaltar la íntima conexión entre el “corazón” y los “caminos”, pero los que ya hemos señalado serán suficientes.

Para un oído castellano, la palabra “reconocer” conlleva en sí la idea de “confesión”. Otra traducción que tal vez se acerque fielmente al original podría ser “admitir percatándose”. Es algo bendito ser consciente y sentir la presencia y la obra del Señor; ser capaces de admitirle percatándonos, reconociéndole así tanto en la oscuridad como a la luz, esto es, tanto a la hora de recorrer una senda espinosa como en la hora de triunfo. Cuando alguno es capaz de “reconocerle” así, la dirección de nuestros caminos ha de ser una cuestión resuelta naturalmente.

Es interesante saber que la versión Septuaginta utiliza la palabra *Orthotomeo* “dividir correctamente” donde la versión castellana emplea “enderezar”. Este es un factor importante a la hora de darle su verdadera interpretación a 2ª Timoteo 2:15, pues la palabra sería inmediatamente reconocida por Timoteo como muy familiar, entendiendo con ella la práctica necesidad de ir siguiendo las directrices designadas en su peregrinaje como se siguen las señales de tráfico guiando correctamente en la carretera.

Lo resaltaremos para que se prenda fijamente:

Si el reconocimiento de nuestro pecado es un necesario requisito y sirve de prelude para el “regocijo” y el “conocimiento experimental” de los pecados perdonados, del mismo modo el reconocimiento permanente del Señor en todos nuestros caminos, percatándonos de Su presencia, se nos asegura que sea igualmente necesario si queremos ser guiados en todas nuestras sendas.

En el Nuevo Testamento *epignosko* y *epignosis* se traducen ambas por las palabras “conocimiento” y “reconocimiento”. En los días de la antigüedad la distinción entre estos dos términos no era tan clara como actualmente. Por ejemplo, las majestuosas palabras:

- “Conocemos que Tú eres Padre de una Majestuosidad infinita”,

Eran la forma *reconocida* en el año 1535. Hoy en día se mantiene “conocimiento”, en primer lugar, para los asuntos o “cosas” del conocimiento, esto es, la información reunida, o la inteligencia adquirida. Este sin embargo es el significado secundario de la palabra, y aun mismo al día de hoy un buen diccionario ubica el primario significado de “conocimiento” como: “Reconocimiento de antemano, confesión; el reconocimiento de una posición que alguno reclame” (*Oxford English Dictionary*).

Epignosis es la combinación de *epi*, “sobre”, y *gnosis*, “conocimiento”, pero no debemos asumir que la adición de *epi* indique meramente la acumulación de conocimiento *sobre* conocimiento: en muy pocas ocurrencias, si es que alguna, se justifica este uso.

Cuando Oseas dice:

- “Jehová contiene con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni *conocimiento* de Dios en la tierra” (Oseas 4:1),

Aquí no está en causa el mero conocimiento formal, o el histórico conocimiento, o el conocimiento gramatical, no es eso lo que se entienda, pues claro que había. En la palabra en cambio se halla implicada la idea del *reconocimiento* o admisión. Si pudiésemos quitarle a la palabra “reconocer” su secundario significado (el de “reconocer” una persona por su aspecto o maneras), y retener tan solamente el primario significado, el de *reconocer como una responsabilidad u obligación*, la palabra se adecuaría admirablemente.

Este asunto va bien más allá de un mero tecnicismo gramatical; reside muy próximo al corazón de toda verdadera enseñanza, y por tanto nosotros “reconocemos” los reclamos que la palabra nos hace para que tengamos claro y entendamos bien su significado. *Epignosko* aparece cuarenta y dos veces en el Nuevo Testamento. Si bien el espacio disponible no nos permita sino hacer una pequeña selección de estas ocurrencias, confiamos que nos darán una buena idea de lo que las demás enseñan, y aquellos que deseen profundar la verdad se familiarizarán personalmente con el uso de estas palabras comprobadas en el conjunto de las sesenta y dos ocurrencias restantes:

- Por sus frutos los *conoceréis* (Mateo 7:16).

- Elías ya vino, y no le *conocieron* (Mateo 17:12).
- *Conociendo* luego Jesús en Su espíritu (Marcos 2:8).
- Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le *conociesen* (Lucas 24:16).

En estas pocas referencias sacadas de los Evangelios “reconocer” podría ventajosamente ser sustituida por “reconocer”. Nosotros no “conocemos” una higuera tan solo por el mero hecho de ver sus frutos, pues un “conocimiento” de la higuera envuelve que estemos familiarizados con variadas características, y su fruto no es más que una de ellas. Sin embargo, hasta el más inculto e iletrado observador “reconocería” una higuera por su fruto.

Es una transición muy natural que la palabra “reconocer” adquiera un tono moral, de modo que si bien el reconocimiento de una higuera por su fruto no implique abnegación o exponerse a la persecución, se convierta ahora en otra forma de “reconocer” al Cristo repudiado y a la doctrina que es según la piedad.

En el pasaje que ahora iremos a considerar, por tanto, con esta explicación en mente, utilizaremos consistentemente la palabra “reconocer” o “percatarse” en vez de “conocer”. Las limitaciones de espacio nos obligan a limitarnos a un solo pasaje, pero dicho pasaje es muy representativo.

- Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el *reconocimiento* de la verdad que es según la piedad (Tito 1:1).

Aquí el Apóstol asocia su ministerio con dos fases de la experiencia cristiana (1) “Conforme a la fe de los escogidos de Dios”, esto es básico; y (2) “Según un reconocimiento de la Verdad”, esto es experimental. La segunda fase se expande así: “Conforme a un reconocimiento de la verdad que es (por su turno) según la *piedad* (esto es, nuestra vital, personal y continua relación en comunión con la Divinidad)”.

El Apóstol está inspirado a mantener un equilibrio uniforme. No resalta más la soberanía de Dios que la responsabilidad del hombre, sino que a cada cosa le da su lugar. La fe de los elegidos de Dios viene primero, y esto es conforme a la verdad. *Nosotros le amamos porque Él nos amó primero*. No podría haber habido reconocimiento de la verdad de nuestra parte, a menos que hubiera sido precedido

por la gracia, sin embargo, sería completamente falso representar la doctrina del Apóstol como siendo tan solamente la fe de los elegidos de Dios, y eso solo; pues no deja de ser sino una sola de dos caras. Tiene otra:

- Conoce el Señor a los que son a los Suyos.

Esta es la cara de la elección, la faz que está más allá de nuestro control, responsabilidad o poder. La otra es:

- Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor (2ª Timoteo 2:19).

Este es lado experimental, la faz que recae dentro del ámbito de nuestro control, responsabilidad y capacidad, como los que han recibido misericordia para ser fieles.

El estar en posesión del “conocimiento” de la verdad que es conforme a la piedad no es garantía alguna de que resulte o produzca una “vida” piadosa. Sin embargo el “reconocimiento” o el “percatarse constantemente” de dicha verdad conllevan consigo la tomada de una posición, y acatarla permaneciendo en ella firmes cualesquiera que sean las consecuencias que puedan sobrevenir.

- No te avergüences...de nuestro Señor, ni de mí, preso Suyo (2ª Tim.1:8).

Esta fue una amonestación a Timoteo, quien “conocía” la verdad, para “reconocerla”, o, en el sentido adoptado en esta serie, para percatarse continuamente reconociendo sus reclamos. La amonestación nos llega con la misma fuerza a nosotros al día actual, cuando hay realmente mucho “conocimiento” incrementado, pero cuando “el hombre piadoso ha cesado”, y el reconocimiento de la verdad, por veces, cuesta tan caro.

3. “Cara a cara”, o el futuro “reconocimiento” de la verdad por detrás de las limitaciones humana

Pablo emplea por primera vez *epiginosko* en 1ª Corintios 13:12:

- Ahora vemos por espejo, oscuramente, mas entonces veremos cara a cara. Ahora conocemos en parte; pero entonces *conoceré* como fui conocido (como *soy conocido* en las versiones inglesas).

En este pasaje el primer “conocer” es *ginosko*, el segundo y tercero, en itálicas, son *epiginosko*. El apóstol ha estado hablando del *carácter transitorio* de los dones adjuntos a la iglesia, y lo contrasta con *el parcial conocimiento* que entonces tenían con el de un día futuro, cuando, en vez de verse todo “por espejo, oscuramente”, el creyente verá claramente “cara cara”: cuando, en vez del conocimiento parcial que nuestra propia naturaleza impone, “reconoceremos” tal como somos “reconocidos”.

Este día de pleno “reconocimiento” no se refiere a la dispensación del Misterio, puesto que, por muy transcendentales que sean las bendiciones y el superior llamamiento de la iglesia del Cuerpo de Cristo, ningún miembro de dicho cuerpo ve “cara a cara” o “reconoce” como es “reconocido” por el Señor y las más altas inteligencias del mundo espiritual. Aquel día es futuro, no solamente para los Corintios, sino también para nosotros.

Antes que podamos apreciar bien la enseñanza del Apóstol en 1ª Corintios 13:12 será preciso que conozcamos algunos detalles en cuanto a la figura que emplea hablando, *ver por espejo, oscuramente*. Hay diferencia de opiniones entre los comentaristas en cuanto a si la palabra “espejo” se refiere a un espejo “por” el cual son reflejados los objetos, o a una ventana semitransparente “a través” de la cual son vistos los objetos. Bloomfield entiende *esoptron*, “vidrio”, refiriendo el *lapis specular* de los antiguos, esto es, placas de alguna sustancia semitransparente con las que se acristalaban las ventanas. Pero como él propio admite, al no haber ningún otro ejemplo del uso de esta palabra *esoptron* por *dioptron*, su posición es muy endeble. El comentario de Alford sobre este uso es:

- La idea del *lapis specular*, puesto en ventanas, a saber, adoptada por Schottgen por el uso Rabino...es inconsistente con el uso de *esoptron*, que (Meyer) es siempre un ESPEJO...sin embargo, del lapis specular sería *dioptra* (Estrabo 12:2, pag.540).

Si mantenemos los ejemplos conocidos del uso de *esoptron*, tenemos que repudiar la idea del *especular*, esto es, la ventana semitransparente; y así, debemos retener la figura de un *espejo*. La única ocurrencia restante de la palabra en el Nuevo Testamento está en Santiago 1:23, donde al hablar del hombre que contempla su

rostro “en un espejo”, hace con que sea imposible traducir *esoptron* por la palabra “ventana”. Las dos ocurrencias en los Apócrifos sirven de ayuda:

- El espejo sin mancha del poder de Dios, y la imagen de Su bondad (sabiduría 7:26)
- Nunca confíes en tu enemigo, pues, como el hierro se oxida, así también es su maldad. Aunque se muestre humilde y se retraiga, ten mucho cuidado y sé precavido con él; estarás por tanto delante de él como quien ha limpiado un espejo y contemplado que su óxido no ha sido limpio todavía (Ecclus.12:11).

Por estas dos referencias podemos aprender dos cosas interesantes:

- (1) Que no sería poco habitual contemplarse en un espejo.
- (2) Que la referencia al “hierro oxidado” indica que tales espejos eran hechos de metal, no de cristal.

Sabemos que los espejos que las mujeres sacaron de Egipto eran de “bronce” y no de “cristal” porque de ellos se hicieron “la fuente de bronce y su base de bronce” de Éxodo 38:8. Job compara el firmamento a un “espejo fundido”, y Nahúm habla de Israel volviéndose en “estatua de fundición”, o tal vez mejor un “espejo”, de tal modo que las naciones puedan contemplar, en el castigo a Israel, un ejemplo para ellas mismas. El concepto de Shakespeare del drama corre en paralelo con este uso Bíblico:

- Cuyo fin, tanto al principio, como ahora, era, y es, como “refleja el espejo a natura”: mostrar virtual su propio aspecto, la burla de su propia imagen, y la propia era y cuerpo del tiempo, su forma e impresión (Hamlet III 2:3).

El escritor del artículo sobre el “cristal” en la *Enciclopedia Kittos* piensa que un espejo no sea lo que se entiende en 1ª Corintios 13, puesto que “cara a cara”, dice él, nos presenta un contraste impropio, porque en un espejo, “el rostro corresponde al rostro” (Prov.27:19). Esta objeción no obstante es inválida: no hay palabra alguna para “corresponder” en el original. Una traducción más literal nos rinde un mensaje y enseñanza distintos:

- “Como en el agua, el rostro al rostro, así el corazón del hombre al hombre”

Aquí el agua es un retrato apropiado del corazón, cuando dos gotas de agua se funden, al instante se mezclan juntas. No hay duda alguna de que el Apóstol se está refiriendo a un espejo.

¿Qué quiere decir el Apóstol cuando dice “en un espejo, oscuramente”? La palabra traducida “oscuramente” es *ainigma*, de donde proviene nuestra palabra castellana *enigma*. Aquí tenemos una alusión a Números 12:8

- Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por *figuras* (*ainigmaton*)”.

Ainisso, la forma verbal de la cual se deriva “enigma” significa insinuar, enseñar por lenguaje figurativo, no claramente. Ya hemos referido las limitaciones humanas naturales para con el conocimiento y de las revelaciones de Dios para el oído en la serie titulada *Los Frutos del Estudio Fundamental* (Vol.39. pag.161), y es precisamente a estas limitaciones que el Apóstol se refiere cuando dice que “Ahora vemos por medio de un espejo, enigmáticamente”.

¿No hay imágenes, figuras, o símbolos en las epístolas del Misterio? ¿No es el propio título “Cristo” una condescendencia para con nuestras limitaciones? Significa “Ungido” y en dicho título podemos apreciar los símbolos envueltos, pero cuando contemplemos “cara a cara” ¿no será en el título “Cristo”, por primera vez en nuestra experiencia, que seamos “reconocidos” como somos “reconocidos”? ¿No tenemos que aguardar para llegar a reconocer bien lo que está por detrás de las figuras “cabeza”, “cuerpo”, “miembros”, “templo”, “ciudadanos”? Si realmente “conocemos” ya como somos conocidos, entonces, ¿qué significan las palabras:

- “El Amor de Cristo que *sobrepasa todo conocimiento*”

O

- La paz de Dios que *sobrepasa todo entendimiento*”?

Hay algunos que, por razón de temperamento o circunstancias, se atormentan a sí mismos con problemas concernientes a la gloria futura. Una de tales dificultades que les obsesiona es ¿Vendrán los santos a reconocer a sus entes queridos en la

gloria? Por nuestra parte, no tenemos problema alguno. El *reconocimiento* está incipiente en la individualidad, y la individualidad está vitalmente atada con la memoria, así que yo no podré dejar de *reconocer* las cosas que me pertenecen ni tampoco dejar de recordar las cosas que a otros caracterizan. Pedro, aun mismo en esta vida, aparentemente no tuvo dificultad alguna en *reconocer* a Elías y Moisés en el monte de la transfiguración, aun cuando nunca los había visto en carne. Si alguno de nuestros lectores se encuentra también obsesionado por esta cuestión del futuro reconocimiento, entonces la traducción literal de 1ª Corintios 13:12 ha de servirle de liberación:

Entonces reconoceremos como somos reconocidos

4. Reconocimiento, el espíritu de sabiduría y de revelación (Efesios 1:17, 18)

Los primeros catorce versículos de la epístola a los Efesios contienen una revelación de la distintiva verdad del Misterio que le fue encomendado al Apóstol Pablo en su capacidad como prisionero de Jesucristo para con nosotros los Gentiles. En esta inicial revelación el Apóstol nos da a conocer algunos aspectos únicos de esta dispensación. Sus bendiciones son “espirituales”; su esfera “los lugares celestiales”; su asociación con el propósito de las edades, “anterior a la caída del mundo”; su preminencia en la exaltada esfera, indicada por la palabra que en otras partes se traduce “adopción”; y de su esperanza se dice ser “primeramente”.

En el versículo quince el Apóstol cesa de darnos más detalles, y ahí entonces se vuelve para orar.

- Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación *en* el *reconocimiento* de Él...para que podáis conocer cuál sea la esperanza de Su llamamiento... (Efesios 1:17, 18).

Al margen de la A.V. se lee, *por el reconocimiento* en lugar de *en el conocimiento*. La preposición griega “*en*” aparece más de ciento y veinte veces en Efesios, y se traduce “en”, “para”, “con”, “a través” y “a”; tan solamente se traduce

en una muy libre traducción de la A.V. “por” en la frase “*por causa de Cristo*” de Efesios 4:32, donde la R.V. (y la Reina Valera) traduce “*en Cristo*”.

Aceptando, como hemos ido haciendo en esta serie, la traducción de *epignosis* como “reconocimiento” o *la obligatoria admisión*, todavía tenemos que ponderar el significado del Espíritu. ¿Será que el Apóstol entienda que el don de un espíritu de sabiduría y revelación *lleve y capacite* “reconocimiento”? esto es, ¿aceptaremos la nota marginal de la A.V. traducida “*por el reconocimiento*”, o entonces, volviendo ahora a la traducción de la R.V., dejaremos inalterable la preposición *en*, y entenderemos “*en el reconocimiento*”? Si alguno se cuestiona preguntándose cual pueda ser la diferencia que tales traducciones indican, nosotros contestamos que en la primera traducción el espíritu de sabiduría y revelación nos ha de *guiar* al reconocimiento, mientras que en la segunda, el espíritu de sabiduría y revelación *se halla* en dicho reconocimiento; y así, sin saber cuál, no estará garantizado donde esté contenido el reconocimiento. Esta es una muy seria diferencia, y nosotros creemos que la segunda traducción expresa la verdad. Bien probables es que tengamos que decir de uno u otro creyente: “Corría bien, parecía muy convencido, tanto en la aplicación general del principio de la correcta división como de su particular aplicación a la presente dispensación del Misterio – sin embargo, de alguna manera, ahora parece que se ha vuelto atrás, su testimonio ya no se escucha. Si predica o habla públicamente, es muy triste que cuantos conocen la verdad vean que ya no imita al Apóstol, quien, por la manifestación de la verdad, *se recomendó a sí propio a toda conciencia humana a los ojos de Dios*”.

Si nos resulta familiar y conocemos casos iguales al de estos hermanos nos daremos cuenta inmediatamente que no es falta de “conocimiento” de lo que carecen. Bien pueden ser capaces de leer la Palabra en la lengua original, bien pueden ser muy cerebrales y desarrollar una lógica inteligente. De hecho, creemos que *han visto muy claramente* todas las lógicas consecuencias que se acarrearán por mantenerse firmes en enseñanzas tan impopulares como las que se asocian con el testimonio del prisionero del Señor. Cuando llegan a dicha conclusión, cesa el crecimiento.

Si después que hayamos recibido un conocimiento de la verdad; si después que hayan sido iluminados los ojos de nuestro entendimiento; si, después de eso, venimos a recibir “un espíritu de sabiduría y revelación” para que podamos “ver” (*eideo*) cuál es la esperanza de Su llamamiento, entonces ese espíritu debe recibirse “en el reconocimiento de Él”. Los ojos de nuestro entendimiento bien pueden estar

iluminados, y mismo así no quererlo “ver” del todo. Prejuicios, miedos, temores a los hombres, un cuidado extremo ponderando las consecuencias, todo esto puede tener un poder cegador, si no totalmente, una influencia de distorsión adulterada. Podemos aun así “ver”, pero vemos “hombres andando como árboles”.

Cuando oímos y leemos algunas de las cosas que se nos ponen delante bajo el pergamino de Pablo el prisionero, no podemos dejar de sentir que las tales deben ser la explicación. “Reconozcamos” la verdad que hemos visto. No la ocultemos atrás del temor, ni la adulteremos con disimulación. La clara percepción en cuanto a cuál sea la esperanza de nuestro llamamiento se asocia en su mayor parte con este reconocimiento, y donde no haya reconocimiento debe obligatoriamente perderse una bendita anticipación de la gloria de nuestra herencia. Una realización de la fuente del poder en nuestro respaldo los que creemos nunca podrá obtenerse donde no haya un franco y pleno *reconocimiento*.

Si en el cumplimiento de nuestra mayordomía, *El Expositor de Berea* no hubiese hecho declaración alguna acerca de la Cena del Señor, si no hubiésemos hecho una radical división en Hechos 28; si hubiésemos incluido la esperanza de 1ª Tesal.4 en la doctrina del Misterio; si hubiésemos mantenido la eclesiástica posición de la primera epístola a los Corintios, al tiempo que sosteníamos la enseñanzas de Efesios; si hubiésemos mezclado el Nuevo Pacto con el Misterio, entonces habríamos “prosperado” tal como el mundo o el mundo de la cristiandad considera la prosperidad. Sus lectores se habrían multiplicado, nuestro orgullo espiritual alimentado, nuestras comodidades aumentadas, sin embargo ¡Cuán pobres habríamos sido en lo esencial! Si este testimonio es comparativamente “desconocido”, aun así el Señor lo reconoce. Si somos comparativamente “pobres”, bien sabemos que hemos “enriquecido a muchos”, y si a los ojos del mundo “no tenemos nada”, sin embargo, con los ojos de nuestro entendimiento iluminados, somos conscientes de que “poseemos todas las cosas”.

Ojalá que el lector, juntamente con el escritor y sus colegas, sean nombrados entre aquella bendita compañía que así le “reconozca a Él”.

**5. Un codiciable reconocimiento ignorado (por el hombre),
sin embargo reconocido (por el Señor)
(2ª Cor.6:9)**

En aquel día seremos reconocidos como somos reconocidos ahora (1ª Cor.13:12). Tal era la promesa que llamó nuestra atención en el artículo previo. Ahora vamos a ir a un pasaje en la segunda epístola a estos mismos Corintios que trata con el presente, esto es:

- Como desconocidos, pero bien conocidos” (2ª Cor.6:9).

Al margen de nuestra antigua Biblia, que está demasiado desgastada como para usarse en cualquier otro lugar que no sea el escritorio, se lee, “Como ignorados, pero reconocidos”. El Dr. Bullinger en su *Figuras de dicción empleadas en la Biblia*, pone 2ª Corintios 6:8-10 bajo la figura *Antítesis* o *Contraste*, y estos versículos contienen la última de una serie de declaraciones distribuidas bajo cuatro encabezados, al modo siguiente:

- (1) Una séptupla *pasiva experiencia* (2ª Cor.6:4, 5).
- (2) Una séptupla *negación de sí mismo* (2ª Cor.6:5, 6).
- (3) Una séptupla manera de *soportar* (2ª Cor.6:6-8).
- (4) Un séptuplo *resultado (antítesis)* (2ª Cor.6:8-10).

Este último grupo está compuesto de una serie de *antítesis*, las cuales incluyen el pasaje que estamos considerando.

“Engañadores, pero veraces;
Desconocidos, pero bien conocidos;
Moribundos, pero he aquí vivimos;
Castigados, mas no muertos;
Entristecidos, mas siempre gozosos;
Pobres, mas enriqueciendo a muchos;
No teniendo nada, mas poseyéndolo todo.”

Esta larga lista de experiencias personales se introduce por las palabras, “Nos recomendamos en todo como ministros de Dios”. La palabra recomendación aparece también en 3:1 y 5:12.

- ¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos?
- No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros.

Meyer nos llama la atención a la posición que ocupa *heautous* en estos pasajes cuando se compara con 2ª Cor.4:4. Donde la recomendación de *nosotros mismos* se utiliza en un mal sentido, *heautous* precede al verbo; sin embargo en 2ª Cor.4:2 y 6:4 *heautous* se halla a seguir al verbo. Alford resalta:

- Este es tan solo uno de los continuos recurrentes ejemplos de la importancia de la colocación de las palabras con respecto al énfasis.

Hubiese sido mejorada la traducción, y se habría removido la ambigüedad de la Versión Autorizada, si el cuarto versículo se hubiese traducido, “En todas las cosas, como ministros de Dios, nos aprobamos nosotros mismos”, esto es, “siendo hallados como los ministros de Dios deben hacer”.

Refiriendo esta lista de aflicciones en conjunto con las que se presentan en 2ª Corintios 11:21-28, Canon Tate nos dice:

Formando conjuntamente una espléndida enumeración de particulares al detalle, los cuales, sin paralelo, en cuanto, a lo que por su naturaleza deben ser – pueden ser catalogados entre los más altos ejemplos de lo sublime y lo patético”.

2ª Corintios 6:8-10 nos muestra lo real, en comparación con la reputada situación en la cual el Apóstol trabajó. Es aquí, en la segunda en la lista, que nos encontramos con nuestro texto, “Desconocidos, pero bien conocidos”.

Esta séptuple antítesis puede exhibirse de la siguiente manera:

A los ojos del hombre

Engañadores

Desconocidos

Moribundos

Castigados

Entristecidos

Pobres

No teniendo nada

A los ojos de Dios

Veraces

Reconocidos.

Vivos

No muertos

Siempre gozosos

Enriqueciendo a muchos

Poseyéndolo todo

La palabra “engañadores” *planos*, se emplea de Cristo (Mateo 27:63), del Anticristo (2ª Juan 7), de Pablo (2ª Cor.6:8) y de los espíritus seductores de los últimos días de esta dispensación (1ª Tim.4:1). Es muy sugestiva la manera como el Apóstol siguió tan de cerca los pasos de su Señor. El propio Señor se clasifica con los propios demonios que intentarían por todos los medios anular la obra de su vida. Sin embargo, ¿quiénes somos nosotros, para murmurar o quejarnos si, ocasionalmente, nos hallamos nosotros propios en esta exaltada compañía? En estas circunstancias, las palabras de Kipling, escritas en un plano inferior, nos vienen a menudo al pensamiento:

Si puedes soportar oír la verdad que has hablado,
Retorcida por cuchillos que tienden trampa a los necios

Y cualquiera desearía que algunos poetas cristianos tomaran consigo la condicional “Si” como su modelo, y nos diesen un poema acompañante relativo a la verdadera experiencia cristiana. (Mientras escribíamos esta serie nos hemos regocijado leyendo un poema hecho por Reginaldo Wallis que cumple este nuestro deseo).

6. El “Reconocimiento” que guía a la “plena Madurez” El conocimiento del Hijo de Dios (Efesios 4:13)

Epignosis, la palabra que estamos considerando, aparece tan solo dos veces en Efesios, y *epiginosko* ni tan siquiera aparece. Esto por sí debería hacernos dudar en cuanto a la sugestión de que *epignosis* signifique el “pleno reconocimiento” del Misterio, distinguiéndole del más elemental conocimiento de la dispensación Pentecostal. Hemos considerado Efesios 1:17, donde está la primera ocurrencia de *epignosis* en dicha epístola. Ahora debemos ver Efesios 4:13, la única ocurrencia restante.

Todos estamos sin duda alguna familiarizados con el hecho de que la epístola a los Efesios se divide en dos partes principales, los capítulos de 1 a 3 contienen la doctrina, y los capítulos de 4 a 6 contienen la parte práctica correspondiente. Observamos, por tanto, que la palabra que estamos traduciendo “reconocimiento” aparece una vez en la parte doctrinal, y una también en la sección práctica de esta epístola.

- Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seáis niños fluctuantes llevados por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error (Efesios 4:13, 14).

Este pasaje no debe ser visto como si fuese una larga cadena de eslabones iguales, sino antes bien como una sucesión de expansiones, cada una conteniendo un desarrollo de la doctrina enunciada. El objetivo es “la unidad de la fe”. Este objetivo se expande posteriormente y se explica siendo “el reconocimiento, o clara percepción, del Hijo de Dios”. Para seguir la subdivisión con claridad, es necesario corregir la Versión Autorizada en el asunto de la traducción de la preposición *eis* que aparece en los versículos de 12 a 16 siete veces, tal como sigue:

- *Para* la obra del ministerio, *para* la edificación...*en* la unidad de la fe...*a* un varón perfecto, *a* la medida...*crezcamos en* todo en Aquel... para ir edificándose *en* amor.

Si bien resulte imposible e indeseable reducir la traducción del griego original a una fría y mecánica uniformidad, es provechoso, cuando examinamos un pasaje, darnos cuenta de que donde las preposiciones se repiten, influenciará seriamente nuestra comprensión que dicha repetición se oculte traduciéndolas por varias preposiciones, por muy elegante que suenen.

Eis responde a la cuestión ¿*A* o *hasta dónde*? La idea de un objetivo o un fin en vista está siempre presente. Consecuentemente, donde el objetivo es material o físico, “a”, “en” o “para” es la traducción habitual. Cuando el objetivo es intangible, “por” algunas veces expresa mejor la idea de seguir hasta su obtención. Así tenemos *eis* traducida en Rom.14:9, “para este fin” (en la A.V.). Si bien “en” puede algunas veces ser una legítima traducción, otras veces resulta en una exageración. En Juan 11:38, “vino al sepulcro” sería correcto, sin embargo “vino en el sepulcro” estaría equivocado. El Señor vino *a*, pero no *en* Sicar (Juan 4:5, 8, 28). María vino *a*, pero no *en*, el sepulcro (Juan 20:1, 11).

A efectos del estudio y análisis, “a” es la correcta traducción, y la ocurrencia de *eis* en Efesios 4:13 subdivide el objetivo en tres partes.

Hasta que lleguemos

- A (*eis*) La unidad de la fe.
El conocimiento del Hijo de Dios.
- A (*eis*) Un varón perfecto.
- A (*eis*) La medida de
La estatura de
La plenitud de EL CRISTO.

El objetivo del ministerio dado por el ascendido Señor, cuando dio algunos apóstoles, algunos profetas, algunos evangelistas y algunos pastores y maestros, era “la unidad de la fe”. Esta unidad de la fe abarca, y se explica parcialmente por, “el conocimiento del Hijo de Dios” que, por su vez, se revela bajo la figura del “varón perfecto”, y este varón perfecto no puede ser otro sino Cristo en toda Su *plena estatura* – ciertamente un muy impresionante Objetivo.

En las epístolas de Pablo a los Romanos, Gálatas, Hebreos, las dos epístolas a los Corintios y la primera a los Tesalonicenses, las referencias que se hacen a Cristo como el Hijo son veintisiete veces, sin embargo en las epístolas del Misterio no tenemos sino dos referencias, una la que ya hemos citado de Efesios 4 y la otra en Colosenses 1:13, “El reino de Su amado Hijo”.

La doctrina de la filiación de Cristo ya había sido dada a conocer antes del inicio de la dispensación del Misterio. La filiación de Cristo, aun mismo en cuanto a su faz humana, forma parte definitivamente del testimonio para la presente dispensación. Esto se ve claro en la exhortación que se le da a Timoteo:

- Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio (2ª Tim.2:8).

Por muy grande que sea la diferencia entre la *posición* del Cristo resucitado como Cabeza de la Iglesia, y la *posición* del Cristo resucitado como el heredero de David, la *Persona* permanece inalterable, y consecuentemente la doctrina de la filiación de Cristo, tan claramente enseñada en Romanos y Hebreos, permanece siendo una verdad fundamental de la fe de todos los tiempos.

Ya hemos señalado que la única referencia al “Hijo de Dios” aparece, no en la sección doctrinal de Efesios, sino en la práctica. En el cuarto capítulo nada se enseña en cuanto a la *doctrina* de la filiación de Cristo, sino que se nos avisa diciendo que nunca iremos a alcanzar la plenitud del crecimiento y madurez a menos que “reconozcamos admitiendo al Hijo de Dios”. Aquello que dicho reconocimiento envuelve lo descubrimos en la expansión del tema que viene a seguir. Cristo es “reconocido” como “el Hombre perfecto”, y la medida de nuestro crecimiento es “la medida de la estatura (o edad) de la plenitud de Cristo”. Exactamente igual que en las más tempranas epístolas de Pablo se resalta la filiación de Cristo, de igual modo en las mismas epístolas se resalta la filiación del creyente; y así como hay solamente dos referencias a la filiación de Cristo en las epístolas del Misterio, no hay más referencia a la filiación del creyente en las epístolas en prisión, excepto aquel pasaje que habla de su “adopción”, *huiiothesia*, “reconocer por hijo” (Efesios 1:5).

En las epístolas del Misterio la sola referencia a Cristo como el Hijo de Dios se emplea para alentar el crecimiento, y la singular referencia a la adopción del creyente señala, no meramente la filiación, sino la dignidad y los privilegios del hijo *primogénito*, el distintivo título de Cristo en Colosenses 1, “El Primogénito de toda creación”, y siendo su contraparte, “El Primogénito de entre los muertos” (Colos.1:15, 18). En Efesios 4 del creyente es referida una “medida”. Para el ejercicio de la gracia en el ministerio la atención del creyente se dirige a “la medida del don de Cristo” (Efesios 4:7-12). Para el crecimiento y el logro, se dirige a “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13, 14). Para su participación individual en el crecimiento del cuerpo, a cada miembro se le recuerda “la medida de cada parte”, con el fin de que el cuerpo crezca y se edifique a sí mismo en amor (Efesios 4:15, 16). El varón “perfecto” está en contraste directo con los “niños” que son llevados de un lugar a otro (Efesios 4:14). La palabra “perfecto”, *teleios*, se pone generalmente en contraste con “niños chicos” (Hebr.5:14, con Hebr.5:13; y 1ª Cor.2:6 con 3:1 y 13:11).

- No seáis *niños* en el modo de pensar...*maduros* en el modo de pensar (1ª Cor.14:20).

Aquí la palabra traducida “maduros” es *teleios*, “perfectos” o como aquí muy bien se traduce en este pasaje, “maduro, de plena edad”. La palabra traducida “estatura” incluye tanto la altura como la edad, las dos evidencias de la madurez que son inmediatamente reconocidas a los ojos.

- Añadir a su estatura un codo (Mateo 6:27).
- Era pequeño de estatura (Lucas 19:3).

Son pruebas de que la palabra *helikia* se refiere a la altura.

- Edad tiene (Juan 9:21).
- Fuera del tiempo de la edad (Hebr.11:11).

Son pruebas de que la palabra *helikia* se refiere a la edad. Al igual que *teleios*, la palabra también indica madurez, y es esta idea la que el apóstol tiene en mente en Efesios 4:12. Es el “reconocimiento” del Hijo de Dios por el creyente adulto lo que se pone en contraste con el “viento de doctrina” que hace deambular de un lado a otro al “niño chico”, y que nos muestra las verdades prácticas que tenemos delante.

El secreto de la madurez espiritual, NO está en la introspección, pues el más santo entre los santos se quedará horrorizado evidenciando el grado de corrupción que ha de hallar en su interior. El secreto de la madurez espiritual está en el “reconocimiento” de lo que Cristo significa para el creyente como el Hijo de Dios, el Varón perfecto; y el crecimiento está “en Aquel que es Cabeza sobre todas las cosas”. Al fin y al cabo, es “la plenitud” lo que aquí se ve por objetivo, “la medida de la estatura *de la plenitud* de Cristo”.

Para poder apreciar en cierta medida lo que se entiende por esta palabra “plenitud” se precisaría hacer un estudio de las Escrituras que duraría toda una vida, y para realmente introducirse en su significado se precisa la resurrección en gloria en cuanto a su medio o atmósfera.
